El día 1 de septiembre de 1939 estalló la segunda guerra

mundial —siguió leyendo Carla—. Todos los proyectos

que teníamos Eric y yo se fueron al traste. Para mis

padres, lady Catherine y sir Anthony, como les llamaban

todos los demás, fue un duro golpe, significaba que papá

se iría al frente. Aunque por su estatus social se

mantuviera detrás de una mesa, no dejaba de estar en el

frente. Sin olvidar que mamá y yo quedábamos solos.

Para papá James era diferente y peor. Él sí tenía que

batirse cuerpo a cuerpo, y a mamá Isabela no le era nada

fácil sobrellevar aquella inquietud. A nuestra edad, ya

comprendíamos que todos estaban angustiados por la

situación.

Entre los cuatro decidieron que nos trasladáramos a la

casa de campo. Una mansión que poseía papá, herencia

de mis abuelos paternos, al norte de Inglaterra, en

Escocia. Allí permanecimos durante los seis largos e

interminables años que duró la guerra.

Para entonces Eric y yo teníamos quince años y como he

dicho con anterioridad, entendíamos perfectamente los

estragos que teníamos que pasar. Podrían haber atacado

la casa de campo también, pero tuvimos suerte y nos

dejaron tranquilos. Aunque tranquilos es un decir, ya que

empezaron a acudir personas heridas pidiendo ayuda.

Mamá, sin pensárselo dos veces, dio cobijo a cuanto ser

viviente pasaba por allí pidiendo algo que comer o dormir.

Habilitó dos salas una al lado de la otra, tan sólo para que

las personas heridas se quedarán con nosotros y poder

cuidarlas hasta que se curaran y pudieran volver a sus

casas. Así era mi madre, una mujer adorable, con un

corazón grande como un sol.

Nosotros no es que hiciéramos el gamberro todo el día.

Teníamos profesores que nos daban todas las signaturas

precisas, para estar preparados y poder entrar en la

Universidad: Isaac, nos daba Matemáticas; Andrew,

Ciencias Sociales y Naturales; Alexandre, nos daba

Comportamiento en sociedad.

Eric estaba más triste desde que su papá se fue. Lo oía

llorar por las noches y a veces deambulaba por la casa

como alma en pena. No sabía cómo ayudarle,

hablábamos del tema, pero algo le hacía retraerse y no

sabía qué hacer. Entre maestros y ayudar a mamá y a

mamá Isabela, apenas teníamos tiempo de juegos. Así

que ideé una manera de distraer a los niños heridos. Ellos

son los que peor lo pasaban ya que estaban solos con

sus madres. Sus padres estaban en el frente o habían

muerto.

Mientras pensaba en el plan ideado, llamaron a la puerta

y entró mamá. Por la puerta entreabierta, vi a un chico

que levantaba del suelo a la mamá de Eric. Algo va mal.

Lo presiento.

Mamá entró en la sala donde estaba el profesor dándonos

clase, y llamó a Eric.

—Hijo, creo que deberías ir con mamá. Ve, te necesita.

—¿Qué ocurre, mamá Catherine? —preguntó Eric.

—Anda ven conmigo, hijo.

—Mamá…

—Tú quédate aquí —me dijo.